

REVISTA DE HISTORIA DE LAS VEGAS ALTAS
VEGAS ALTAS HISTORY REVIEW

Junio de 2023, Número 17, pp. 93-105

LA BATALLA DE MEDELLÍN EN LA VERSIÓN DEL HISPANISTA INGLÉS ROBERT
SOUTHEY, 1827

THE BATTLE OF MEDELLÍN ACCORDING TO THE ENGLISH HISPANIST ROBERT SOUTHEY, 1827

José María Gallardo Durán

Catedrático jubilado de Inglés de Secundaria y Bachillerato

chelegallardo@hotmail.com

Resumen

La batalla de Medellín tuvo lugar el 28 de marzo de 1809 y fue el desastre más horrible para el ejército español de toda la guerra de la Independencia. Hubo batallas más sangrientas, como la de los Arapiles en julio de 1812, pero la de Medellín se caracteriza porque, exceptuando las bajas francesas, los que murieron eran todos españoles, extremeños la mayoría.

Británicos y portugueses fueron aliados de los españoles para expulsar al ejército napoleónico de la Península Ibérica y, terminada la guerra, fue enorme la cantidad de libros que los británicos publicaron sobre su paso por nuestro suelo: diarios, memorias, cartas, etc. El interés en el Reino Unido fue inmenso, entre otras razones porque cerca de 40.000 soldados no pudieron regresar a casa. También se publicaron tres historias de la guerra. Una de ellas, la primera, fue la de Robert Southey, hispanista inglés que en su relato de la batalla de Medellín nos presenta a un ejército de Extremadura en excelente estado de combate, pero muy mal encabezado por el general Cuesta, del que viene a decir que era prudente cuando no debía serlo y audaz cuando tampoco debía serlo. A lo largo del relato Robert Southey deja claro que piensa que Cuesta era un general inadecuado para ese ejército en semejante ocasión, y que la batalla de Medellín se perdió por la imprevisión del general Cuesta.

PALABRAS CLAVE: Medellín, ejército, desastre, soldados, bajas, Cuesta, Robert Southey, imprevisión.

Abstract

The Battle of Medellín was fought on 28th of March 1809 and it was the most horrific disaster for the Spanish army throughout the whole Peninsular War. There were bloodier battles in this war, like the Battle of Salamanca in July 1812, but the main characteristic of the Battle of Medellín is that, apart from French casualties, the men who died in it were all Spaniards, most of them Extremadurans.

The British, the Portuguese and the Spaniards became allies to throw the Napoleonic army out of the Iberian Peninsula and, once the war was over, an enormous amount of books were published by the British about their stay in our lands: diaries, recollections, letters, etc. In the United Kingdom public interest in the war was huge because, among other reasons, nearly 40,000 soldiers could never go back home. Three histories of the war were also published. One of them, the first one, was written by Robert Southey, an English hispanist whose account of the battle of Medellín presents the Extremaduran army in excellent fighting condition, but very badly led by General Cuesta, who was cautious when he should have been bold, and bold when he should have been cautious. All through Southey's account it is clear that he thinks that Cuesta was unfit for such an army in such times, and that the battle was lost because of Cuesta's lack of foresight.

KEYWORDS: Medellín, army, disaster, soldiers, casualties, Cuesta, Robert Southey, lack of foresight.

Recibido en Mayo de 2023. Aceptado en Mayo de 2023

LA BATALLA DE MEDELLÍN EN LA VERSIÓN DEL HISPANISTA INGLÉS ROBERT SOUTHEY, 1827

José María Gallardo Durán

1.- Introducción.

El verano pasado, Daniel Cortés, Presidente de la Asociación "Torre Isunza" de Don Benito, y Antonio Nevado, vocal de la misma, me propusieron dar una charla en el I Ciclo de Conferencias "Ciudad de Don Benito" que la asociación organiza periódicamente.

Acepté encantado y les propuse hablar sobre la Batalla de Medellín, desastre que tuvo lugar el 28 de marzo de 1809 en la llanada que hay entre Don Benito y Medellín.

Esta masacre, probablemente la más sangrienta de la guerra de la Independencia, en la que perecieron no menos de 8.000 españoles, muchos de ellos jóvenes extremeños, y que se saldó, además, con otros 2.000 prisioneros, dejó a las comarcas de La Serena, Vegas Altas y gran parte de Extremadura a los pies de los caballos franceses.

Sugerí que, puesto que hay bastante información en español sobre la batalla, aunque no siempre esté accesible, me podría ocupar del primer relato que sobre este combate se publicó en el Reino Unido dentro de una obra comprensiva de la guerra.

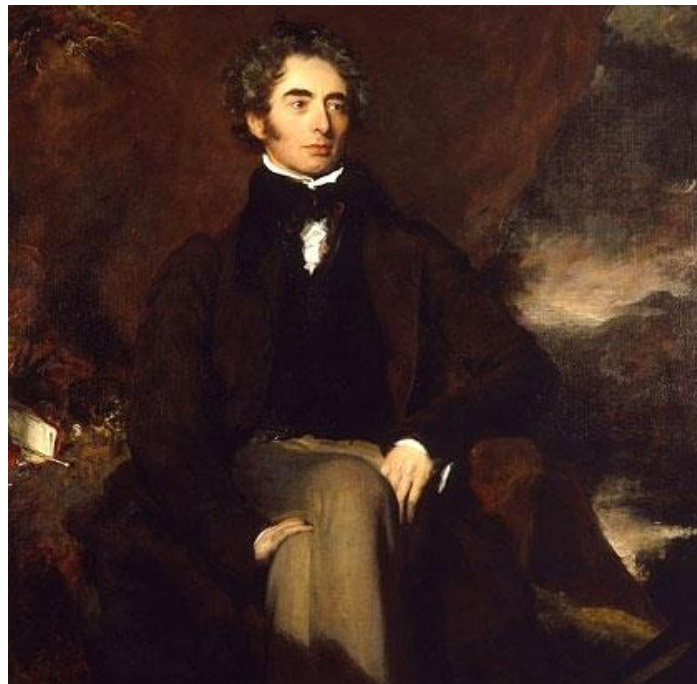


IMAGEN 1: Robert Southey, óleo de Thomas Lawrence, 1818.

Me precio de mi labor de traductor de los textos que los militares británicos escribieron sobre su experiencia en la guerra (en esto soy lo que se dice un trujimán), así que apunté que podía traducir y exponer lo que escribió al respecto de la batalla un hispanista inglés, Robert Southey, en 1827, en

el 2º volumen de su obra en tres tomos *History of the Peninsular War*.¹ El primer volumen de esta obra salió en 1823, y el tercero en 1832.

El día 25 de enero de este año, en la Casa de la Cultura de Don Benito, leí en español lo que Robert Southey escribió en inglés, texto que se recoge después de esta introducción.

Para los que conozcan los detalles de la batalla este relato no traerá grandes aportaciones, pero es imprescindible para conocer la primera visión publicada en lengua inglesa dentro de una obra sobre la guerra de la Independencia. Hasta entonces los británicos se enteraban de los hechos de armas que ocurrían en la Península por los periódicos. Es, además, interesante por la perspectiva que presenta sobre españoles y franceses, con clara simpatía hacia los primeros, rasgo que no era la norma en Gran Bretaña.

Conviene ahora, antes de pasar al texto propiamente dicho, dar unas pinceladas sobre el autor: Robert Southey fue un escritor muy apreciado en su época, aunque también bastante criticado por diversas razones. Era poeta, historiador, novelista, traductor, un verdadero hombre de letras y un hispanista reconocido, aunque no solo supiera español, sino que sabía también portugués y francés.

Su relación con España comenzó en 1795 cuando recorrió el país durante seis meses. Fue de La Coruña a Lisboa pasando por Madrid y, por supuesto, por Extremadura. Sobre la experiencia de este viaje escribió un librito de cartas (*Letters Written During a Short Residence in Spain and Portugal*) realmente delicioso para conocer la España del momento, y con mucho sentido del humor. El libro se publicó en 1797 y a partir de entonces tradujo a nuestros poetas del Siglo de Oro, así como el *Cantar de mío Cid* (*Chronicle of the Cid, from the Spanish*) o el *Amadís de Gaula*. Escribió novelas de tema hispano como *Rodrigo, el último godo* (*Roderick the Last of the Goths*), o un libro muy curioso titulado *Cartas desde Inglaterra* (*Letters from England: By Don Manuel Alvarez Espriella*), en el que simula ser un español, de nombre Manuel Álvarez Espriella, que informa a sus paisanos de las extrañas costumbres de los ingleses.

Por todo ello fue nombrado miembro honorario de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia.

La traducción que publicamos aquí está sacada del capítulo XX (concretamente de las páginas que van de la 222 a la 234) del 2º tomo de su *History of the Peninsular War*, que vio la luz en Londres en 1827 en casa del impresor John Murray.

El capítulo en cuestión se llama: "Operaciones en La Mancha y Extremadura. Batallas de Ciudad Real y Medellín". No tiene divisiones tituladas, aunque, como traductor, me he tomado la licencia de hacer algunas.

2.- Operaciones en La Mancha y Extremadura. Batallas de Ciudad Real y Medellín.

2.1.- Maniobras del mariscal Victor.

El 17 de marzo el ejército del mariscal Victor, después de dejar La Mancha casi a mediados del mes anterior, ocupó una línea en la margen derecha del Tajo desde Talavera a Almaraz, donde estaba su cuartel general y donde preparaba los materiales para un puente de pontones porque Cuesta había volado los arcos del puente de Almaraz. Se necesitaba un puente allí porque, aunque podrían

¹ En los países de lengua inglesa a la guerra de la Independencia española se la conoce como "Peninsular War".

haber cruzado el río por otros dos puntos, no había carreteras adecuadas para la artillería desde ninguno de esos puntos. Pero no podían construir el puente mientras los españoles ocuparan una posición que dominara el paso eficazmente.

Cuesta estaba al tanto de esos preparativos y también de la intención de hacer cruzar un destacamento más arriba para atacarle por aquel flanco, que consecuentemente decidió reforzar, al tiempo que trasladó su cuartel general de Jaraicejo a Puerto de Miravete, para poder estar cerca del escenario de las operaciones.

2.2.- Los franceses cruzan el puente del Arzobispo.

Como Cuesta había previsto, el destacamento francés pasó por Puente del Arzobispo,² así llamado por su fundador, D. Pedro Tenorio. En su época existía un puente de madera que una riada se había llevado, y como era por allí por donde los peregrinos del lado oeste del río pasaban para cumplir con su devoción a la famosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, construyó la actual edificación de piedra y fundó un hospital para su alojamiento, y un pueblo, al que llamó Villa Franca, pero que convenientemente pronto tomó su nombre por el puente, que ha llegado a ser un punto de importancia considerable en las campañas de este año. El enemigo lo cruzó con poca o ninguna oposición, y las partidas avanzadas se retiraron a Mesas de Ibor, donde estaba estacionada su división, y de allí, después de una resistencia fallida, al pueblecito de Campillo [de Deleitosa], pero en buen orden. Este comportamiento satisfizo completamente al comandante en jefe, que estaba ocupando una posición fuerte y esperaba poder rechazar a aquella división enemiga, mientras que el mariscal de campo Henestrosa, con la vanguardia, impediría que el grueso de la tropa se estableciera en el puente de Almaraz.



IMAGEN 2: General Cuesta, retrato en su casa natal de Tudanca.

² N. del T.: En español en el original. Acto seguido Robert Southey tradujo esas palabras para sus lectores: *the Archbishop's Bridge*.

Pero los franceses que habían cruzado por [Puente del] Arzobispo, después de desalojar a los españoles de sus posiciones en Mesas de Ibor y Fresnedoso, se dividieron en dos columnas. Una avanzó dando un rodeo por Deleitosa y Torrecillas [de la Tiesa] con la intención de alcanzar a Cuesta por la retaguardia, entre Jaraicejo y [Casas de] Miravete y así cortar sus comunicaciones y suministros. La otra se dirigió al puente de Almaraz por Valdecañas³ [de Tajo] para desalojar a Henestrosa y de ese modo dejar libre el paso del río. El ejército de Cuesta se componía de unos 16.000 hombres. Los franceses eran, si acaso, un poco superiores en número, pero Cuesta creía que tenían 20.000 soldados de infantería y 3.000 de caballería, así que cuando supo que Henestrosa había abandonado su posición creyendo que una fuerza más numerosa amenazaba su derecha, y se enteró de que el enemigo había comenzado ya a cruzar el Tajo, decidió retirarse a Trujillo, no fuera a ser atacado al mismo tiempo por la vanguardia y la retaguardia. Este anciano valiente era cauteloso cuando debería haber sido audaz, e imprudente en las iniciativas en las que debería haber sido cauteloso. Si se hubiera apoyado a Henestrosa a tiempo (y había habido tiempo suficiente para apoyarle), siendo el terreno tan fuerte y con el estado de ánimo que tenían los españoles, los franceses apenas habrían podido llegar a la posición de Miravete sin soportar unas pérdidas tan graves como para haberles desgastado mucho. Para cumplir esta decisión insensata comenzó la retirada la noche del 18 de marzo con la intención de abrirse paso a través del ejército francés, con el que esperaba encontrarse, y ocupar la mejor posición que pudiera encontrar para asegurar su propio sostenimiento y para cubrir las fronteras con Andalucía, aunque con ello abandonara una posición excelente y dejara a Extremadura expuesta a un enemigo voraz.

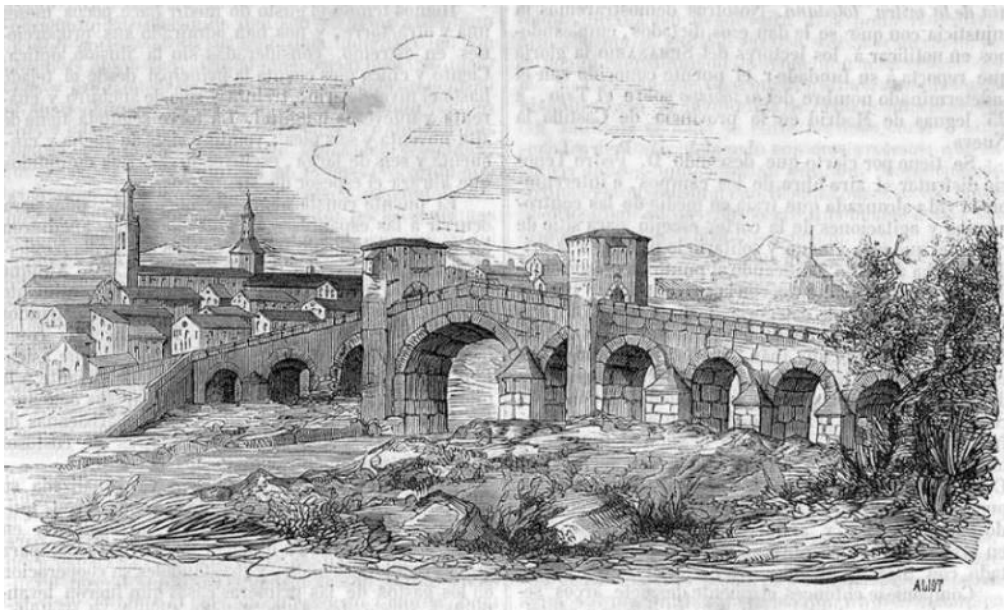


IMAGEN 3: El puente del Arzobispo. Semanario Pintoresco Español, 1847.

2.3.- Escaramuzas en Trujillo y Miajadas.

Cuando se informó a la Junta Central de estos movimientos, atribuyeron esta medida desastrosa al abandono de su puesto por parte de Henestrosa y ordenaron a Cuesta que procediera contra él con todo el rigor de la ley. Pero el viejo general, aunque dispuesto al principio a condenarle, era demasiado generoso para hacerlo. Respondió que el mariscal de campo se había comportado bien

³ N. del T.: Vaduña en el original.

en todas las ocasiones anteriores, con un valor rayano en la imprudencia, y que en este sólo había actuado por un error de juicio.

Cuesta no encontró enemigos en aquella marcha nocturna y, después de hacer alto por la mañana más allá del río Almonte,⁴ supo que el destacamento con el que había esperado toparse se encaminaba a Trujillo. A Trujillo continuó en su retirada y, dejando a Henestrosa para proteger la ciudad, ocupó el 20 de marzo la posición del Puerto de Santa Cruz, a cuarenta millas del paso más fuerte desde el que se había retirado. Allí tenía la intención de esperar hasta ver si se le podía unir la división de Alburquerque, y si esto le igualaría al enemigo. A la mañana siguiente atacaron a Henestrosa y le obligaron a replegarse hasta un pequeño puente al otro lado de Trujillo. Allí repelió al enemigo y la refriega continuó todo el día, con bajas iguales en ambos bandos. Los españoles se portaron de tal manera que la confianza del general en sus tropas aumentó. Cuesta no esperaba ser atacado al día siguiente, ni por delante ni por su izquierda, hacia el pueblecito de Abertura, y se había decidido a sostener la acción. Pero las resoluciones de Cuesta cambiaban a veces con la misma poca consideración con la que se habían tomado, pues era hombre de actuar con más frecuencia por el impulso del momento que por reflexión. Toda la fuerza de Víctor estaba reunida en Trujillo. Sus avanzadas tenían a los españoles alerta y en estado de alarma, y fue entonces cuando Cuesta comenzó a comprender que el Puerto de Santa Cruz no era defendible contra la fuerza superior que se traería contra él, particularmente porque el terreno no era favorable para la caballería. Por tanto, de mañana reanudó la retirada sin conocer evidentemente hacia dónde, y sin ningún propósito decidido, pero en buen orden y con buen ánimo, porque, aunque todos sus últimos movimientos hubieran sido insensatos y ruinosos, los hombres no estaban desalentados. Mientras estaba acampado cerca de Miajadas para refrescar a las tropas, los *chasseurs*⁵ de la vanguardia enemiga se acercaron tanto como para quedar al descubierto. Se aprovechó bien la ventaja y el coronel francés se tiraba de los pelos angustiado por la pena de ver como mataron a unos ciento cincuenta de sus mejores hombres. Fueron los regimientos del Infante y Almansa los que obtuvieron este éxito. Este hecho levantó el ánimo de los hombres, se notaba un sentimiento de imitación y de ser útiles, así que Cuesta tomó la sabia decisión (si es que hubiera sido lo suficientemente firme en sus propósitos como para haberla mantenido) de ejercitarlos en diversos movimientos de una posición a otra sin exponerlos en batalla, y así detener al enemigo hasta que el avance de Cartaojal contra Toledo obrara como diversión a su favor. Por eso, aquella misma noche se retiró a Medellín, y al día siguiente, pensando que era probable que si se quedaba allí los franceses le atacarían, se dirigió a Campanario para juntarse con Alburquerque, que con su pequeña división venía por Agudo y Garbayuela. Sin embargo, no permaneció allí hasta efectuar la unión, sino que se trasladó al Valle de la Serena, principalmente por mejorar los suministros. Algunos almacenes habían caído en manos del enemigo en Trujillo, una de las consecuencias dañinas derivada de su retirada imprudente. No había escasez de alimento en esa zona todavía sin devastar, pero se quejó al gobierno de la incapacidad e irregularidad de todas las personas empleadas en ese departamento, y manifestó que, a menos que se pusiera remedio a este mal, le sería imposible mantener la disciplina o impedir la dispersión.

⁴ N. del T.: Monte en el original.

⁵ N. del T.: En francés en el original.



IMAGEN 4: "La Degollá" de Miajadas, óleo de Augusto Ferrer Dalmau.

En estos momentos Cuesta recibió la información de que desde Madrid se había enviado un tren de artillería pesada hacia Extremadura, lo que le hizo comprender que el objetivo principal del enemigo era poner sitio a Badajoz. La posesión de esa fortaleza era tan importante para el éxito de las operaciones contra Portugal, que se había percibido este propósito tan pronto como los franceses se hicieron dueños del campo, y se había encargado al gobernador en repetidas ocasiones que no escatimara medios para poner sus defensas en buen estado. En consecuencia, Cuesta hizo un plan nuevo e informó a la Junta Central de que acosaría a los sitiadores y cortaría su comunicación con Madrid. Pero nada más producirse la unión con Alburquerque decidió buscar al enemigo y presentar batalla en la primera ocasión favorable. No fue el hecho de sumar fuerzas lo que le indujo a tomar esta medida puesto que había esperado recibir 6.000 hombres, mientras que se encontró con algo más de la mitad de ese número, pero... una indecisión larga suele terminar en una determinación imprudente.

Una vez que hubo abandonado aquel lugar fuerte, que, si se hubiera defendido del modo que sabiamente se escogió, hubiera cubierto toda Extremadura, era tan propio de la conducta de Cuesta haber evitado un enfrentamiento ahora como entonces había sido haber resistido un ataque, puesto que sabía que podía esperar que un ejército británico⁶ cooperara con él. Siendo tan simplista y vacilante a veces y tan obstinado y poco realista otras, nadie era tan inadecuado para mandar un ejército en tiempos tan críticos. Y, sin embargo, su carácter singularmente honesto, su espíritu intrépido y animoso, que nada podía abatir, su energía, que ni la edad ni los achaques habían disminuido, y la calidez de su corazón, así como su talante, le habían ganado en gran medida el cariño no sólo de los soldados, sino incluso el de aquellos que percibían y lamentaban sus errores. En aquellos días el enemigo ocupó Mérida y Medellín. Este segundo pueblo, memorable por haber sido el lugar de nacimiento de Hernán Cortés, se asienta en la orilla izquierda del Guadiana, en una llanura amplia y abierta sin árboles o cobijo de ninguna clase. En esa llanura, el 28 de marzo, Cuesta formó a toda su fuerza en una sola línea de alrededor de una legua de extensión, sin ninguna

⁶ Sin duda Robert Southey se refiere a la Leal Legión Lusitana, unidad del ejército británico al mando del coronel Robert Wilson, pero parece desconocer que no estaba en condiciones de ayudar a Cuesta.

reserva, desdeñando cualquier ventaja del terreno, como si no hubiera deseado otra cosa que el día se fuera a decidir por la equidad del campo y el puro valor individual.

2.4.- Comienza la batalla.

Su ejército estaba formado por 20.000 soldados de infantería y 2.000 de caballería. La vanguardia, al mando de Henestrosa, y la división del duque del Parque conformaban la izquierda, que Cuesta tomó a su cargo al estar situada en el terreno más alto, desde donde podía dominar el campo. El centro estaba bajo el mando de D. Francisco Trías, mientras que D. Francisco de Eguía, que era lugarteniente de Cuesta, estaba en el ala derecha, que estaba formada por las divisiones del marqués de Portago y la del duque de Albuquerque, que tenía consigo su propia caballería. El resto de la caballería estaba en el ala izquierda, que era el punto en el que los franceses eran más fuertes.



IMAGEN 5: Mariscal Victor, óleo de Antoine-Jean Gros, 1812.

El ejército de Víctor constaba aproximadamente de 18.000 soldados de infantería y 2.500 de a caballo. Había concentrado allí toda su fuerza con el propósito de pegar un golpe eficaz y destruir, si fuera posible, al ejército español y poner en práctica el sistema sanguinario de actuar en el que estaba instruido. Estaba formada en un arco entre el Guadiana y un barranco cultivado que se extiende desde Medellín al pueblecito de Mengabril: la división de caballería ligera de Lasalle a la izquierda; la división de infantería alemana en el centro, en grandes columnas cerradas; los dragones al mando del general Latour-Maubourg a la derecha; las divisiones de Villatte y Ruffin en la reserva; el frente estaba cubierto con seis baterías de cuatro cañones cada una. El combate comenzó alrededor de la once. Las baterías abrieron fuego contra la infantería española, a la que Cuesta había ordenado cargar a la bayoneta y tomarlas. La orden fue obedecida con valentía. Dos regimientos de dragones franceses cargaron contra la infantería y fueron rechazados con pérdidas. La división alemana tuvo que formarse en cuadro, y resistió con tal dificultad el ataque resuelto de los españoles que Cuesta tenía esperanza plena en una victoria completa, y Victor no dejó de temer la derrota

hasta que parte de su reserva logró conseguir que su infantería aguantara. En la izquierda los españoles habían tomado la primera batería cuando una fuerte tropa de caballería, protegida por una columna de infantería, avanzó para recobrarla, y en ese momento toda la caballería española de la izquierda entró en pánico y, sin enfrentarse al enemigo, sin intentar resistir en lo más mínimo, huyó del campo en el mayor desorden, la mayoría de ellos a una distancia de muchas leguas. Ejemplos de un pánico tan bochornoso no fueron sino demasiado frecuentes en los ejércitos españoles durante la guerra, pero en ningún caso fue más funesto o más inexplicable que en este en cuanto que el día corría bien, la infantería estaba de buen ánimo, la ventaja estaba de su lado, y los regimientos que en este punto crítico se deshonraron y traicionaron a su país habían mostrado pericia y valor durante la retirada del Tajo, y se habían distinguido en el combate de cerca de Miajadas.



IMAGEN 6: Latour-Maubourg, cuando era ministro de Guerra.

2.5.- Se produce la desbandada del ejército español. Los franceses no dan cuartel

Cuesta, que estaba en el otro extremo del ala, cuando vio este abandono vergonzoso, picó espuelas a su caballo con la esperanza de reunirlos. Su estado mayor le siguió... pero en vano. El enemigo aprovechó la oportunidad rápidamente, torció a la izquierda, que había quedado expuesta y, como no había segunda línea o reserva, la derrota se volvió inevitable. El anciano general cayó del caballo y, herido en un pie y no sin mucha dificultad pudo ser rescatado y salvado de ser capturado gracias al esfuerzo de sus dos sobrinos y algunos otros oficiales fieles y valientes. Pero el día estaba perdido irremediablemente, y los franceses, una vez aplastada el ala izquierda, se volvieron contra el centro y la derecha.

Entre tanto, el ala derecha de los españoles había obligado al enemigo a ceder terreno e iba consolidando su éxito, pero Alburquerque, al ver lo que había ocurrido en el otro flanco, propuso formar columnas cerradas de los batallones y comenzar la retirada. Eguía lo desautorizó, dijo que no tenía instrucciones a tal efecto y no se atrevió a actuar bajo su propia responsabilidad ni siquiera en esta emergencia tan evidente. Ciertamente se afirma que ni uno de los oficiales de Cuesta supo

de su intención de presentar batalla ni una hora antes de comenzar el combate. Las cosas se iban poniendo cada vez peor y, al dejar Eguía la derecha de la línea, el duque dio las órdenes necesarias, pero se habían retrasado demasiado tiempo: toda la fuerza de la artillería francesa se había concentrado contra estas columnas, que ahora eran las únicas tropas que permanecían indemnes. Se produjo la dispersión total, y el enemigo formó una cadena de caballería todo alrededor del ejército derrotado y ejecutó sus órdenes, que eran no dar cuartel. Habían sufrido lo suficiente en el combate como para obedecer esta orden atroz de buena gana. Tenían 4.000 hombres entre muertos y heridos, cerca de un quinto de toda su fuerza. Oficialmente declararon que los españoles habían tenido una pérdida que ascendía a 7.000 muertos. Según otras cuentas la elevaban a 12.000. Cuesta sólo pudo afirmar que era enorme y confirmar que ciento setenta oficiales de infantería y diez de caballería resultaron muertos, heridos o desaparecidos.



IMAGEN 7: Medellín, ilustración del alemán Adolf Wald.

Por la parte de los franceses el cansancio más que los escrúpulos terminaron finalmente con la carnicería, y el número de prisioneros variaba de tres a siete mil, pero es cierto que ni dos mil llegaron a Madrid. Llevaron a un oficial español a la sala en la que Victor estaba cenando, y el mariscal francés le dijo: "Si se hubieran obedecido mis órdenes, señor, usted no estaría aquí".⁷ Esas órdenes se habían obedecido demasiado bien. En el campamento francés aquella noche los dragones se frotaban el brazo del sable con jabón y aguardiente para restablecer los músculos de los esfuerzos de la matanza de aquel día. No se hartó su crueldad ni siquiera con ese éxito. En uno de los pueblecitos cercanos un campesino tenía un hijo que estaba en el ejército de Cuesta, en el que había servido durante algún tiempo. Cuando el ejército se acercó a Medellín este hombre, Juan, fue a la casa de su padre y persuadió a sus dos hermanos, Antonio y Carlos, para que se fueran voluntarios con él. A Juan no se le volvió a ver después de la batalla, pero el padre fue a escudriñar el campo y encontró el cuerpo de Antonio, y al otro hermano, herido, llorando sobre él. Se llevó a ambos a casa, al muerto para que pudiera recibir cristiana sepultura, y al vivo para darle la ayuda necesaria para

⁷ Eso lo cuenta Samuel Ford Whittingham en una de las cartas que recogió y publicó en 1868 uno de sus hijos, el general de división Ferdinand Whittingham. Samuel Ford Whittingham, al que los españoles llamaban D. Santiago llegó a Medellín con las tropas del duque de Alburquerque.

su recuperación. Una partida de franceses, en su labor de pillaje, entraron en la vivienda y al encontrar allí a un español herido lo mataron a tiros delante de su padre.

2.6.- El duque de Alburquerque se salva de la debacle.

Cuando se dispersaron sus columnas, el duque de Alburquerque⁸ vio que le habían cortado la retirada totalmente. Iban con él cuatro oficiales y con ellos avanzó contra el cordón de caballería y, a la distancia de unas cien yardas,⁹ se volvió a uno de sus compañeros¹⁰ y dijo: "¿Ves a aquel oficial de cazadores de los jaeces tan vistosos? Le voy a desmontar en un momento". Entonces espoleó a su caballo y cabalgó hacia él al galope. Por supuesto, sus compañeros le siguieron. El oficial francés se asustó, se echó rápidamente a un lado y varios de los cazadores hicieron lo mismo que él, así que Alburquerque pasó con sus amigos por la abertura que habían hecho. D. Miguel de Álava era uno de aquellos amigos. Se había distinguido por su valor aquel día, y justo antes de la dispersión de los últimos batallones, sable en mano, recuperó el solo un cañón español de nueve libras de dos dragones franceses que se habían apoderado de él. Poco después de haberse abierto paso, y aún perseguidos de cerca, un artillero herido le suplicó a Álava que le salvara de la masacre general. "Monta detrás de mí", respondió, "te sacaré de aquí o pereceremos juntos". Este pequeño grupo, afortunadamente para España, pudo escapar. Como a medianoche llegaron a un cortijo solitario, lo bastante lejos del campo de batalla como para sentirse seguros y, después de haber puesto leña en la chimenea y encendido unos puros, convinieron en que la pérdida de la batalla no importaba nada. Tal era el ánimo de los españoles, un ánimo que ninguna desgracia podía abatir, que ninguna derrota podía someter.



IMAGEN 8: General Álava, óleo de George Dawe.

⁸ No existe un retrato fiable del duque de Alburquerque. El retrato del general Álava fue obra del retratista británico George Dawe en 1818, mientras era embajador español en París por influencia de Wellington.

⁹ N. del T.: Una yarda mide algo más de 90 cm.

¹⁰ Sabemos que ese compañero era Samford Whittingham, y que el duque se dirigió a él llamándole Santiago.

2.7.- Fin de la batalla y decisiones que tomó la Junta Central.

La batalla en sí misma, a pesar de haber sido una enorme desgracia, permitió a Cuesta justificarse en cierto modo por el error que había cometido al arriesgarse a ella. La infantería había luchado tan bien que habían obtenido una ventaja indudable, y durante bastante tiempo, hasta que la caballería se asustó y los abandonó. Pero fue tras la derrota cuando la fuerza del carácter de aquel anciano se mostró al máximo y, ciertamente, en aquella ocasión memorable tanto el general como el gobierno demostraron ser dignos de su país y de su causa. El tiempo impidió el avance de los franceses: una tormenta de viento y lluvia torrencial se desencadenó sin interrupción durante tres días después de la batalla, e hinchó los arroyos de forma que parecían ríos. Asimismo, les sucedió un accidente en Almaraz, donde su puente cedió mientras lo cruzaban algunos carros de munición. Se perdieron muchas vidas y en consecuencia se retrasaron las operaciones del ejército. Sin embargo, se reunieron en Mérida y alrededores, y sus avanzadas aparecieron en Almendralejo y Villafranca. Esto parecía indicar su intención de entrar en Andalucía, y Cuesta opinaba que, conocedores de la dispersión total de su ejército, no dudarían en dividir sus propias fuerzas, y llevar a cabo este propósito con una parte, mientras que con la otra ponían sitio a Badajoz, que no estaba preparada para defenderse militarmente por mucho tiempo. Instó al gobierno a que enviara toda la fuerza disponible en Andalucía a Santa Olalla sin tardanza, y dijo que entre ese lugar y El Ronquillo se hallaba la única posición donde podrían resistir al enemigo con buenas probabilidades de éxito, contando con que hubiera tropas, artillería y medios de subsistencia.



IMAGEN 9: Pistola española de caballería mod. 1801.

Cuesta había señalado Llerena como punto de reunión para los fugitivos. La infantería llegó poco a poco, pero cuando él llegó vio que la caballería se había juntado allí con poca merma. En sus órdenes generales agradeció al ejército su buen comportamiento en Medellín, exceptuando por su nombre a los regimientos de caballería que tan deshonorosamente habían huido, y con ello habían provocado la derrota, que, si hubieran cumplido con su deber como la infantería, habría resultado ser la victoria más importante y gloriosa. Por esta ofensa degradó a tres coroneles. No parece que se impusieran

castigos más fuertes. La culpa había sido demasiado generalizada como para echarla sobre algunos individuos, y si se hubiera recurrido a echar suertes, podrían haber caído en hombres que, con el mejor ánimo y la mejor voluntad, no habían podido, con la precipitación del momento, controlar ni a sus camaradas ni a sus caballos. A los soldados rasos se les quitó una de sus pistolas¹¹ a modo de deshonra hasta que por algún buen servicio recobraran el honor que habían perdido.

Hubo rumores de que la Junta Central había huido de Sevilla en cuanto que se enteró de la derrota. Consideraron el peligro tan inminente que deliberaron sobre su traslado, y la Junta de Sevilla, a la que habían consultado, propuso que, si se adoptaba tal medida, todo el poder debería quedar en sus manos. Pero el gobierno no hizo nada precipitadamente, y en ninguna ocasión a lo largo de la guerra mostró más magnanimidad o tanta energía como en este momento de tribulación. El mismo día les trajo noticia de la derrota de Ciudad Real y de la de Medellín, el mismo boletín oficial comunicó ambas al pueblo. No había nada que mitigara la deshonra y la pérdida que Cartaojal había sufrido, así que fue relevado del mando discretamente. Cualesquiera que sean los errores que la Junta Central pueda haber cometido, ningún otro gobierno ejerció nunca su poder con semejante humanidad en tiempos semejantes, ningún otro gobierno tuvo nunca tanta justicia y comprensión humana para con la inexperiencia y la debilidad, ni trató tan generosamente a los desgraciados. Concedieron por decreto pensiones a las viudas y los huérfanos de todos los que habían caído en Medellín en proporción a su rango y circunstancias, y una insignia de distinción a aquellos cuerpos que el general elogió. Asimismo, ascendieron a todos los oficiales que se habían distinguido. Declararon que el general y el grueso del ejército habían sido muy dignos de su país. Al saber que Cuesta cojeaba por haberse caído, le pidieron que en todos sus oficios informara sobre su estado de salud y, aunque nombraron a D. Francisco de Venegas para suceder a Cartaojal, pusieron ambos ejércitos a las órdenes de Cuesta y le concedieron el rango de capitán general. En el preámbulo de este decreto dijeron que todos los pormenores de la batalla tendían a consolarles de su pérdida, y que el espíritu de Hernán Cortés podría haber contemplado con gozo el valor que sus paisanos habían mostrado en el escenario de su infancia. El ejemplo de ese día, dijeron, podría hacerles tener la esperanza de que con tesón podrían formar una infantería que fuera digno rival y sucesor de aquellos famosos *tercios*¹² que a las órdenes de los mejores capitanes del mundo habían sostenido la gloria de España en Flandes, en Italia y en Alemania.



IMAGEN 10: Insignia de distinción.

¹¹ Los soldados de caballería iban armados de sable, carabina o tercerola, y dos pistolas.

¹² N. del T.: En español en el original.